

EN LA PLAZA.—Con muy digno y varonil gesto, varios amigos charlan animadamente, agrupados a pie firme en el clásico corro, desde donde se ventilan y resuelven todas las cuestiones que afectan, de cerca o de lejos, al paisaje manchego, y aun mundial.

ENRÍQUEZ.—Oye, Gálvez: ¿Has visto? Acaba de pasar tu hijo, muy hombrecejo y formal, hacia la iglesia. Irá a oír Misa, ¿no?

GÁLVEZ.—Sí; suele oíría todos los domingos... (Afectando despreocupación e indiferencia) ¡Me lo llevan y..., no puede hacerle mal!

ENRÍQUEZ.—Está bien... A sus años, siempre hay poco en que pensar...

Cae una lluvia menuda, sigilosa, tenaz. Por virtud de ella se inicia un discreto repliegue de grupos hacia la acera resguardada de los vientos. Nuestro corro continúa sus comentarios de vinos y de tasas, con estoica impavidez.

EN LA IGLESIA.—*Tonín*, precioso ángel rubio de diez primaveras, asiste con su Colegio a la Santa Misa del domingo. Su imaginación revolotea, inquieta y feliz, por todos los pormenores que han sido en su vida inmediata, antes de entrar en la iglesia. En un grupo de la plaza ha visto a su padre y ha querido hacerse presente dirigiéndole su sonrisa angelical de complacencia...

Y allí, en la iglesia, se distrae muchas veces..., y queda embargado en este mudo soliloquio de pensamientos:

«¡Y mi papá no oye Misa!... Claro, ¡como ya es hombre!... Aunque, según dicen mis profesores, los hombres también tienen alma, y ¡como el alimento del alma, son las cosas de Dios!... ¡Será más pequeña el alma de los hombres!... ¿Es que mi papá no tendrá tiempo de oír Misa?... Se lo escuché muchas veces, pero no; que está parado en la mitad de la plaza y... ¡se está mojando!...»

Aquella fantasía infantil se siente herida por una cruel sospecha, respecto a los sentimientos del autor de sus días...:

«¿Es que mi papá no conocerá a Jesús?... ¿Es que mi papá no querrá a Jesús?...»

EN LA CALLE.—*Tonín*, al salir de la iglesia y romper filas de su Colegio, ha marchado, alegre y bullidor, hacia su padre, que sigue aún en el corro, aguantando con ánimo imperturbable la suave llovizna. Hay un sonoro intercambio de besos entre padre e hijo.

—Papá, ¿te vienes conmigo a casa? ¡Aquí te estás mojando!...

—Pues, sí, hijo mío; vámonos...

Caminan en silencio, cariñosamente asida por el niño la mano de su padre. Pero hay como una sombra misteriosa que se interpone entre el alma de los dos... Muy pronto el pequeño rompe aquel silencio ensombrecido de presagios.

Y se establece un diálogo de profunda substancia espiritual, con animaciones de viveza infantil, durante el cual, varias veces, hay destellos de triste humedad en los ojos del infante, mientras un nudo inquietador de agobios y recochuras sube a la garganta del padre...

Del diálogo son estas últimas frases:

—¿Entonces, papá?...

—¡Que no llores, hijo mío! Desde ahora, yo buscaré tiempo para..., lo que tú quieras. ¡Debe ser muy bueno Jesús, cuando tú, que eres un ángel, le quieres tanto!

Saulo.